

La masonería y la guerra

A nadie constituye una novedad que las sectas de Italia empujaron a esta infeliz nación a que entrara en guerra en favor de los aliados.

Principiaron por enviar agentes masones en las principales ciudades para crear atmósfera intervencionista y provocar manifestaciones populares en contra de los imperios centrales y, muy especialmente, contra el austriaco por ser católico, explotando el tema del irredentismo.

A su vez trabajaron en esos países del Trentino y Tirol para soliviantar a dichas regiones contra la dominación austriaca.

Era preciso, sin embargo, vencer la resistencia de Salandra, jefe del gobierno italiano, el ministro Sonnino y atemorizar al rey a quien amenazaron las sectas con derribarlo del trono si no declaraba la guerra al Austria. Dirigieron, además, sus tiros contra los socialistas que se oponían a ello y lo alcanzaron todo. Sólo a un hombre no pudieron vencer, Giolitti, quien se opuso tenazmente hasta lo último y por eso fué alejado de Roma.

Pero esto no era sólo el fin de las sectas.

Ellas tienen por fin la guerra a la Iglesia católica.

Una vez declarada la guerra a Austria, las sectas emprendieron otra más cruel y sectaria contra el clero y los católicos, haciéndolos aparecer como enemigos de la patria y espías del enemigo.

Mucho consiguieron. Sin embargo, los 18.000 sacerdotes que tomaron parte en la guerra y las pastorales de los obispos dieron un golpe mortal a las sectas quienes se vieron desmascaradas.

Semejante infamia no ha podido menos que indignar a los católicos, y «L'Osservatore Romano» después de enumerar los sacrificios que el episcopado y el clero realizan en aras de la patria, llama la atención de los poderes públicos acerca de las calumniosas imputaciones de los periódicos sectarios, haciendo ver que por ese camino no se va a la unión de todos los italianos en estos momentos de prueba, sino a provocar la disgregación de fuerzas, que son tan necesaria para la salvación de la patria.

Trabajo inútil, porque las sectas italianas como las de todo el mundo, como las de Chile, ante todo y sobre todo ponen la satisfacción de su odio a la Iglesia y a Dios, y aunque sepa a ciencia cierta que lleva a la ruina a su patria, no ha de dejar de perseguir a los católicos por todos cuantos medios están a su alcance.

El peligro de España

Tomándolas del periódico «El Debate» varios otros de Madrid y provincias reproducen unas declaraciones del ilustre jefe auténtico de los conservadores en las que éste explica el peligro a que aludía en su nota a D. Alfonso cuando las consultas para resolver la crisis última.

Según ellas, el peligro para España está en el desenlace indisoluble del paso de Gibraltar y el de Suez y el Bósforo, porque ventilados definitivamente los graves problemas del Oriente Mediterráneo, no podrá quedar inmune la parte occidental.

Otra interpretación había dado yo a aquel párrafo de dicha nota tan preñado de pesimismo, porque siempre juzgué que la cuestión de Gibraltar más habrá de ser debatida con las armas de la diplomacia que con la voz de los cañones, toda vez que, tal como está planteada la guerra, los Imperios centrales sólo escuadras podrán mandar contra el peñón famoso, corriendo el riesgo de que por la superioridad numérica del enemigo, no fuese suyo el triunfo en el combate naval que forzosamente habrían de sostener.

El envío de un ejército por mar fuera locura; el intento de forzar el paso de los Pirineos para su marcha triunfal llegar hasta el pie de la fortaleza, fuera descabellado aún habiéndose abierto paso a través de los ejércitos franceses y no están tan dementes en Alemania que piensen en mandar a España un ejército sin contar con nuestro beneplácito. España no es Bélgica ni Servia; una nación de 20 millones de habitantes no se la arrolla teniendo a la espalda ejércitos enemigos de millones de hombres, aunque estén desmoralizados, e intentarlo Alemania fuera buscar la misma caída que Napoleón.

España nada tiene que temer de Alemania; nunca los grandes intereses de ambas naciones fueron antagónicos, ni se cruzaron entre ellas injurias ni mediaron ofensas, ni nunca fueron rivales, y lo más que en la ocasión presente podría hacer Alemania, (una vez obtenido un triunfo naval que permitiera a sus escuadras venir sin riesgo al estrecho) sería proponernos la conquista de Gibraltar con la eficaz ayuda de sus barcos de guerra. Pero en este caso en nosotros estaría apreciar las circunstancias y pensar y medir las razones para acoger o rechazar la propuesta, y bien pudiera ocurrir, que, Inglaterra, vencedora, perdida la partida, entre un Gibraltar español y un Gibraltar alemán optara por lo primero, contando con que al correr de los tiempos, la habitual desidia de los Gobiernos españoles le daría ocasión para hacer ondear nuevamente su pabellón en la plaza.

No se ve, pues, factible una acción de Alemania contra Gibraltar sino des-

pués de haber deshecho a sus enemigos y aniquilado completamente el poderío naval inglés, y, si este caso llegara habría algún peligro en abrir los brazos para recibir un territorio que consideramos detentado, y que se nos venía a las manos casi gratuitamente? ¿O es acaso que se considera que estamos obligados a invertir nuestros ejércitos en defender un Gibraltar inglés oponiéndonos con un quijotismo inverosímil a un poderío a que Europa entera no había podido resistir, para recoger como fruto ser envueltos en la derrota?

TIROL

DIOS TE GUÍE..

A LOS HEROICOS MARINOS ALEMANES

Submarino cauteloso,
que cruzas el invisible
fondo del mar preceloso;
tu pequeñez increíble,
¿podrá vencer al coloso
que pasó por invencible?

Submarino que, ligero,
te deslizas más suave
que el mejor barco velero;
¿por dónde vas, que no sabe
descubrir el marinero
la estela que hace tu estropeo?

Submarino prodigioso
que marchas a tu albedrío
por el terrible, anchuroso,
indomable mar bravo;
¿humillarás del coloso
el inmenso poderío?

Submarino, cuya huella
borra siempre el Océano,
cual si quisiera con ella
borrar tu camino arcano;
¿serás, en tu buena estrella,
capaz de hundir al tirano?

Submarino que navegas
acechando de continuo,
y que a todas partes llegas
invisible en tu camino;
si al coloso tú doblegas...
¡Dios te guíe submarino!

JUAN DE PROCIDA

¡Oh, el justo medio...!

Hay un buen número de individuos que blasonan de un catolicismo ferviente, que a cada instante tienen en sus labios la manoseada frase: «a católico no hay quien me gane»; pero que al mismo tiempo abundan de una «ecuanimidad» de espíritu asombroso, de un estrañable amor al «justo medio», y claman sin cesar contra las «intemperancias» de los «exaltados», contra las «intransigencias» y «tanatismos» de los de la extrema derecha.

Este ejército de «ecuanimistas» está constituido por la abigarrada pléyade que tantos grados y matices ostenta, desde las lindes del campo notadamente católico, hasta las enmarañadas solvas del maltrato liberalismo. Para los señores que componen este ejército, la

saludable reacción que se observa en las distintas manifestaciones de la acción social católica, tiene un sello de exageración y parcialidad altamente reprobable. En lo que más fijan su atención, es en lo referente a la propaganda y restauración de nuestra querida prensa; y la labor incosante de los apóstoles del periodismo católico, ese rudo batallar por deslindar los campos y desenmascarar a los hipócritas, produce un efecto desastroso en sus espíritus de ecléticos.

En vano es que los señores Obispos dejen oír su autorizada voz, para aprobar la conducta de los propagandistas y luchadores, y alentarlos en sus empresas. En vano es que condenen «nominativamente» multitud de publicaciones periódicas enemigas descaradas de la Religión y de la Iglesia, y aconsejen con solicitud paternal el apartamiento de tantas otras que, bajo la bandera de una neutralidad ficticia, viven la vida de anfibios unas veces, las menos, respirando el vivificante oxígeno de nuestras creencias sacrosantas, y otras, las más, sumergiéndose en la inmensa charca de la inorendulidad o del petulante indiferentismo; o, los señores del *justo medio* los enamorados de la «ecuanimidad», influidos por el hálito ponzoñoso de la rebeldía liberal, hacen oídos de mercader a los consejos y condenaciones episcopales, considerándolos como exageraciones de un celo indiscreto, y, en su consecuencia, continúan impertérritos sosteniendo con su óbolo esa prensa liberal o pseudo-neutral, y calificando de ilusos y fanáticos a cuantos no comulgan con esa escuela de contemporizaciones vituperables.

Y como en sus conciencias sienten, de vez en cuando, los aguijonzos del remordimiento, ellos procuran fabricarse mil sofisticas argumentaciones para tranquilidad de su espíritu y justificación de su conducta. Y ora alegan la inferioridad de información de los periódicos católicos (más aparente que real en los presentes tiempos, y debida en absoluto a la falta de protección de los mismos que los censuran), ora pretentan las exigencias de la política, o los compromisos personales o la necesidad de defender el *modus vivendi*, debido a la munificencia de tal o cual *prohombre* del liberalismo imperante, o finalmente, procuran convencerse a sí mismos de que la lectura y sostenimiento de tales publicaciones no es falta grave, y por tanto, no contraen ante Dios responsabilidad de importancia. ¡Pobres pretextos, estériles recursos. Las cosas son como son! no como las pasiones y conveniencias quieren que sean; y es cierto, ciertísimo, porque la razón lo exige y la justicia lo reclama, que los deberes para con Dios son los más graves de todos los deberes, y las